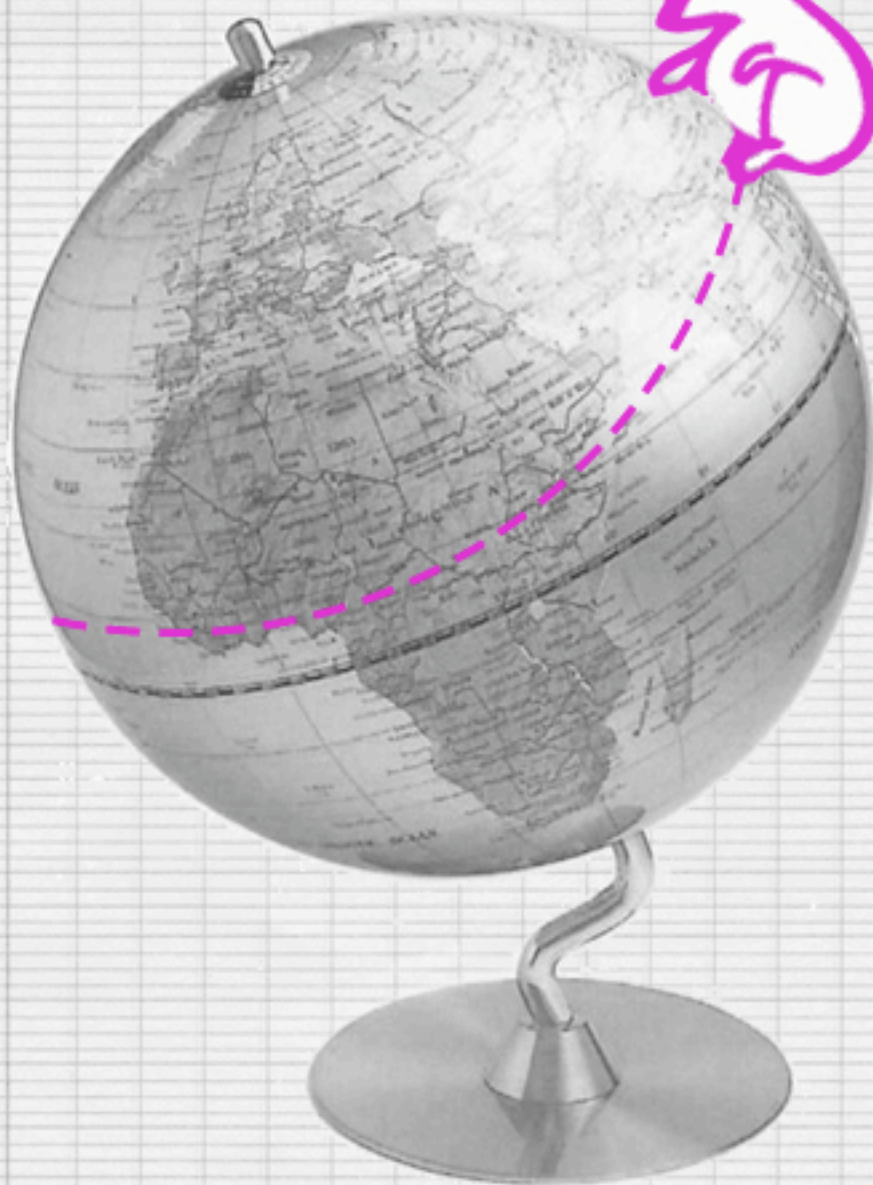


Historia del Ratón Pérez



**Juan Carlos
García-Ojeda Lombardo**



HISTORIA DEL RATÓN PÉREZ

Juan Carlos García-Ojeda Lombardo



2009. Juan Carlos García-Ojeda Lombardo

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceleste.com)



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Sierra Mágina,10

23009 Jaén-España

Tel.: +34 902 500 421

www.ittakus.com

HISTORIA DEL RATÓN PÉREZ

"A Carlos José y Mercedes"

HISTORIA DEL RATÓN PÉREZ

Pérez es un ser diminuto, apenas un ratón de jardín que bulle en las largas noches por los campos y ciudades del Sur, transportando monedas y marfil desde su habitáculo a las casas de todos los niños que mudan su primer diente y lo depositan con cándida esperanza bajo la almohada.

Quienes han podido preservar, por tradición oral de sus abuelos, la historia del ratón Pérez, saben que en otro tiempo fue un hijo del señor del bosque. Nació de una madre cierva en los ya desaparecidos alcornoques de la Serranía de Mágina y murió a manos de un furtivo cuando apenas su cornamenta despuntaba unos dedos de la pelambre dorada de la cabeza. Los eruditos de las leyes dévicas, dicen que los seres bondadosos de la naturaleza que mueren indignamente a manos del hombre, liberan su espíritu terrenal y se convierten en entes espirituales de limitada inteligencia, dotados de un gran capacidad de trabajo y esfuerzo que ponen al servicio de entidades superiores. Prácticamente ningún humano ha tenido ocasión de verlos con nitidez y, de entre estos, sólo los de corazón inmaculado han podido hablar con ellos.

Así, hay quien afirma haber visto al pequeño Hombre del Lodo, al Mago del Musgo, a las Ninfas de los Estanques, a los Faunos, a los Silfos, las Ondinas, los Elfos, los Gnomos, los Leprachaum irlandeses, los Ristrof rusos, las Gianas marinas etc...

Pérez, pertenece al grupo de los Bendegus, seres bípedos de estafalaria vestimenta que miden unos seis centímetros de estatura y, que como rasgos comunes, tienen el de su llamativa y puntiaguda joroba que los hace correr muy inclinados a velocidades de vértigo y su rabo, más largo que el cuerpo. Lo utilizan de timón y guía para no perderse en la oscuridad de la noche, que es cuando más actividad tienen. Por

eso, alguien que entresueños ha visto la silueta de Pérez o de otro Bendegu sobre su almohada, en los pocos momentos en que llega a materializarse, ha creído contemplar un ratón. De ahí su acepción cariñosa: "ratoncito Pérez".

Su nombre verdadero es Selevernando que, traducido a nuestra lengua, quiere decir: *"el que pierde la vista en la luna"*. Sin embargo, los humanos lo conocen por Pérez, debido a que hace muchos años fue visto por un cortijero del pago de Puerto Alto y, al observar la cara, le encontró un enorme parecido con la de su cuñada, Demetria Pérez. Desde entonces se ha mantenido entre nosotros con tan impersonal nombre.

Vive desde hace muchos años en una vieja casería semi derruida cercana al monte de Jabalcuz, en las últimas estribaciones de la Serranía de Mágina, cercana al lugar donde nació y después entregó su sangre a la tierra en un lento amanecer preñado en el horizonte de colores malva y amatistas. No recuerda nada de su vida anterior. A veces, detiene su rauda marcha ante el tronco de un árbol impregnado del terciopelo gris de las cuernas de un ciervo. Queda un momento pensativo. Mira al cielo y se orienta con las estrellas y con los poéticos paraselenes lunares en las noches de nubes rojas. Luego, reanuda su carrera.

Porta siempre con él dos pequeños zurroneos que cruza en su cuerpecillo a modo de bandoleras. en uno lleva las monedas que recoge del suelo cuando caen de los bolsillos y monederos de los hombres. El otro, le sirva para transportar el marfil; la razón de su existencia.

Su casa es un hueco entre dos ladrillos junto a la vieja chimenea. es pequeña y austera. Apenas un montoncito de paja y un trapo encima donde dormir. Una mesa y una silla y unas virutas de alhucema sobre una caja de cerillas, que sirven para aromatizar la estancia y ahuyentar a los temidos Gross, criaturas infernales sirvientes de la reina Morgana, señora de las adivinaciones nefastas y los ángulos tenebrosos.

Mas, pese a la aparente rusticidad de su habitación, el ratón Pérez guarda un tesoro secreto. Bajo la caja de cerillas hay un trampilla de piedra que da acceso a una cueva serpenteante que permanece siempre iluminada con mágicos destellos blanquecinos. A veces el reflejo se filtra por el alamud adherido a la piedra de la

trampilla y forma geométricos haces de luz. Por eso, siempre coloca paños negros encima para evitar insanas curiosidades.

Pegada a la piel rugosa de su pecho, lleva la llave de acceso a la gruta. Cuando se dispone a abrirla, asoma una y otra vez a la chimenea cauteloso de que nadie perciba su maniobra, pues, aunque puede convertirse etéreo a voluntad, los objetos que lo rodean son visibles y podría peligrar la faraónica misión para la que fue concebido como Bendegu.

Por las mañanas, al retornar a la vieja casería cargado con los dientes de los niños, tras unas miradas recelosas, se introduce en la cueva. Su pasadizo sinuoso tiene la meta en una bóveda horadada en la roca viva. En sus paredes se almacena el tesoro: cantidades ingentes de marfil blando. Diminutos dientes pequeños como perlas coralinas cuidadosamente dispuestos en torres acristaladas. Los vericuetos y rincones que dejan tras los apilamientos, se ocupan con las siluetas sombreadas por un fulgor de tono blanco y candorosos. El ratón Pérez sonríe. Sabe que su tarea está próxima a finalizar. Igual que en su día la concluyeron sus antecesores, Bendegus que pululan con entera libertad muy cerca del gran jardín celestial, donde se producen las conjunciones astrales de los otros planos no perceptibles para el hombre. Allá vive el Gran Creador rodeado de las criaturas sensibles.

Con las primeras luces del alba y el canto aflautado de los mirlos que anidan en las tejas del caserón, el ratoncito Pérez se dispone a acostarse. Duerme durante todo el día. Su sueño es profundo y reparador. Sueña con las siluetas de grandes pinos abrazados por las copas. Y con el crepitar de la hojarasca pisada por los animales del bosque. Imagina grandes montañas de cumbres nevadas fúlgidas, bañadas en colores plata por el destello del sol. Aves de una indómita belleza, cruzan un cielo pigmentado de tono carmesí. En su sueño, la boca arrugada y carnosa se ensaliva a cada cambio de postura. Dentro de su chocante aspecto, esos momentos oníricos, le confieren una cierta dulzura y se hace eternamente entrañable.

Esa tarde, cuando aún la claridad dominaba las cañadas y cárcabas de la sierra, recibió la visita inesperada del correo. El ratoncito Pérez conoce las instrucciones sobre los niños que debe visitar con bastante tiempo de antelación. Hacía apenas unos

meses que un duende Borno, los de gorro azul y cabeza calva y pequeña, le visitó entregándole un alista con los dientes que debía retirar. Antes de cumplir el ciclo, otro duende Borno, de nombre Lerguan se presentó de nuevo en su casa. Sabedor del mal despertar de los Bendegus, desde el exterior de la puerta conectó telepáticamente con el sueño del ratón Pérez, avisándole de su visita.

"Este Selevernanddo, -murmuró Lerguan-, siempre sueña con lo mismo. Los bosques, la nieve... Podía soñar con hacer alguna trastada a un humano para divertirse; esconderle el monedero a un avaro, hacerle creer falsos presentimientos a un lector de horóscopos, provocarle una ventosidad a un ejecutivo cuando come con su jefe. Nada, siempre lo mismo".

El ratoncito Pérez vio en su sueño a Lerguan, que cruzaba a toda velocidad el bosque, portando un gran destornillador. Lo siguió. El duende Borno se acercó a una explanada donde había un vehículo todo terreno, seguramente de unos cazadores. Lerguan serpenteó hasta introducirse debajo del automóvil; al rato salió impregnado en grasa y con una risa aguda que atronaba los oídos; al tiempo, decía: *"Esta noche no duermen con sus mujeres, ¿Verdad Selevernanddo?. ¡Despierta ya!"*

El Bendegu se levantó como un resorte de la cama. Con su habitual recelo y mal humor salió a la puerta. Lerguan reía mostrando una pavorosa mella. *"¿No tienes en tu almacén unos dientes para prestarme?. Los míos se pudrieron comiendo azúcar, ji, ji, ji".*

El ratón Pérez descompuso el gesto de la cara. Era muy serio y no aprobaba las bromas. Perturbar el sueño de un Bendegu, puede acarrear desgracias. Lerguan fue silenciando su risa. Hurgándose por entre los bolsillos alcanzó un trozo de pergamino. Sacó del otro bolsillo un cristal de gafa graduada y poniéndolo delante de sus ojos leyó el texto:

"Con la llegada de la primura estacional al plano tangible, se hace necesario poner fin a tu misión. Hoy repartirás las tres últimas monedas. Hoy mudarán tus tres últimos niños. Es hora de recuperar el almacén para terminar la construcción del palacio del marfil perpetuo. Si es aprobada tu obra, mañana correrás junto al

Creador, por el gran jardín celestial. Firmado y rubricado: Oliverto Norberio, rey de todos los elfos".

El ratoncito Pérez dejó escapar una mirada brillante. Respiró profusamente y atusó sus pobladas cejas. Un silencio pactado recorrió la estancia. Al rato dijo Lerguan: "*¿Me prestas cuatro dientes. Si yo te dijera donde he llegado a meter la boca... ji, ji, ji*".

Cuando quedó sólo, comprobó que la luz del sol era tenue. Faltaban pocos minutos para el crepúsculo. Debía apresurarse para realizar el último trabajo. Después correría por los prados del gran jardín. Con el mismo ritual de siempre, sacó las llaves que guardaba junto a su pecho. Abrió la puerta de acceso a la cueva. Miró complacido las montañas de marfil. Sintió orgullo de pensar que todo iba a ser destinado a la construcción del magno palacio.

Tras apartar una baldosa esquinera, sacó una bolita de muérdago y con esmero la depositó en el pasillo central de la cueva. Recitó una plegaria en voz baja. Usó la lengua gnómica que se remonta a la noche de los tiempos. Entonces, la bola cambió de color verdoso adquiriendo una tonalidad turquesa. La miró fijamente y vio uno tras otro a los tres niños que debía visitar aquella noche. Dos de ellos tenían cinco años de edad. El tercero había cumplido seis.

Tomó su zurrón de las monedas e introdujo en él tres piezas de metal dorado. Cruzó en el otro hombro el zurrón para los dientes. Miró por última vez la habitación. No tuvo melancolía, sólo un débil soplo de soledad recorrió su corazón. Dejó la llave de la cueva escondida en una grieta especial de la pared. Sólo se utiliza cada doscientos años, cuando un Bendegu termina su trabajo y deja las llaves en aquel lugar para que sean recogidas por los obreros astrales y por el nuevo duende nocturno que sustituye al anterior.

Los tres últimos dientes, los debía llevar personalmente al rey Elfos como tributo de agradecimiento por los dones concedidos.

El ratoncito esperó a la noche cerrada. Ese día la luna estaba nueva y apenas dejaba caer algún reflejo sobre la tierra. Los buhos y cárabos comenzaron su canto de freza. Era el primer día de primavera. La actividad de los animales nocturnos no cesaba. Cuando más impenetrable era la noche, dio un salto y comenzó su veloz carrera. Se detuvo en una lometa desde la que dominaba la estampa del valle donde se erguía solitaria la casería abandonada. Miró al cielo, buscó sus pistas estelares y cruzó los pinares de una quebrada. Por fin se vio ante las inmensas extensiones de olivares. Pese a la oscuridad, el balanceo de los árboles al son del viento del Este, se reflejaba entre los terrones arcillosos del suelo como figuras fantasmagóricas y almas en pena que purgaran sus pecados por la gris tierra.

Sabía que uno de los niños que debía visitar, vivía en un pueblo enclavado en las estribaciones de Sierra Mágina. Los otros dos, en la capital. Decidió visitar primero a Pedro y a Leticia. La ciudad le molestaba en exceso y cuanto antes cumpliera esa tarea, sería mejor. después iría a casa de Octavio, el niño de pueblo.

El ratoncito corrió con increíble rapidez. Su pensamiento estaba en los verdes prados del jardín celestial. Había oído decir que cada noche que daba paso al día, estaba precedido de una esplendorosa aurora boreal. Y que los ríos eran tan cristalinos que hasta la última piedra del fondo se traslucía la superficie. Oyó decir que había una montaña de juguetes, donde vivía un viejo de barba blanca rodeado de criaturas de toda especie. Le hablaron de tanta belleza, que por primera vez sentía palpitar su corazón ebrio de curiosidad.

Pedro era un niño de seis años. Rubio, menudo y con unos marcados rasgos orientales en los que él nunca había reparado. Hacía varios días que se le movía el diente. Le molestaba para comer, pero ni su padre ni su madre habían tenido tiempo para arrancárselo. Su padre era directivo de una empresa de servicios con delegación en la capital. Un hombre muy ocupado. Reuniones de negocios. Viajes de empresa. Comidas con clientes y, en general, cuantos sirviera para despejar la mente de los problemas familiares. Hubo un tiempo, cuando estuvo en la universidad, que alimentó una llama de rebeldía y contestación que nadie creyó capaz de extinguir. Sin embargo, el nacimiento de Pedro y las responsabilidades de trabajo, habían terminado por doblegar aquel espíritu inquieto. Arrinconó su ropa vaquera. Perdió su colección de

discos. No volvió a ir más al cine. No jugó nunca con su hijo. No leyó ningún libro; sólo, el del balance anual de la empresa.

La madre de Pedro era médico en el hospital general. Trabajaba seis días de la semana y cada cinco, tenía un guardia de veinticuatro horas. Nunca fue proclive a tener hijos. Cuando tuvo a Pedro cayó en una profunda depresión. Los reproches entre el matrimonio fueron constantes. Se convirtió en una mujer hipocondríaca que pasaba horas observando las reacciones de su cuerpo. Su profesión alimentaba esa sensación compulsiva. Vivía obsesionada con el paso del tiempo y el futuro que amparaba al niño.

Pedro, en los pocos momentos que vio a sus padres en aquellos días, les pidió que le desprendieran el diente de la encía. *"No puedo hijo, mañana tal vez. Hoy he de trabajar"*, le decían. Loli, la muchacha, no se atrevía. Era apenas una niña y le daba miedo dar el tirón. *"¿Y si te sale mucha sangre...?"*, le decía. El niño se tocaba la boca. El diente estaba casi suelto. Pero no cedía.

Esa tarde, como todas las tardes, fue a visitarlo su abuela, María Dolores; había asumido el papel de padre y de madre. Ella y un colegio de educación especial, habían logrado que Pedro no se sintiera distinto de los demás. Vio al niño sufriendo con el diente. Tomó un hilo de color blanco, lo dobló por la mitad e hizo una lazada. Pedro decía: *"¡No abuela!, que dice Loli que me sale mucha sangre..."*

Con un ligero movimiento de muñeca, salió el diente prendido del hilo. El niño no sintió nada. Creyó que todavía estaba en la encía. *"¡Míralo Pedro, que pequeñito es!. Guardémoslo para el ratoncito Pérez"*. Pedro miró con perplejidad a la abuela. No podía concebir que el diente se hubiera desprendido con tanta facilidad. No había sentido dolor. No tenía sangre en la boca. Sólo un círculo rojo en la encía. Su abuela era lo más grande del mundo.

"¿Quién es el ratoncito Pérez?, abuela", preguntó Pedro bajando al tiempo el labio inferior y hurgándose con la lengua en la mella. María Dolores, le contó la historia de Pérez, tal y como a ella se la contó su madre. Pedro estaba atónito oyendo el relato. Pensaba en poder sorprender al duende poniendo dinero en su almohada. Nunca había oído hablar de esa personaje. Creía que los regalos sólo llegaban en

Navidad y en el cumpleaños. No podía imaginar que haría un trato tan beneficioso. *"Me quita el diente y me da dinero"*, -pensó-. Sus padre habían atesorado un patrimonio considerable. Siempre les oía decir que con dinero se podía comprar cualquier cosa. Su padre usaba dos coches, su madre un tercero. Tenían un chalet en las afueras y una casa adosada en la playa. Como se podía comprar de todo, pensó que con el dinero que le diera el ratoncito, liberaría a sus padres de partes de sus ocupaciones y no tendrían que estar todo el día trabajando. Tal vez pudiera ir de tiendas algún día con ellos o mejor jugar en la casa. Había notado que no les agradaba mucho salir a la calle con él. *"Soy muy travieso en la calle y por eso no les gusta que salga con ellos. En cuanto ven a algún amigo, nos vamos por otro lado para que no vea lo malo que soy"*, -pensó-. Estaba tan ilusionado, que guardó el secreto para sorprender a sus padres. Ellos ni siquiera sabían que se le había caído el diente.

El ratón Pérez era conocer en lo básico de la historia de los niños a los que visitaba. Su falta de sentimientos melancólicos, lo maduraron para este tipo de trabajo. No interpretaba los acontecimientos que veía. No exploraba en las desgracias y alegrías ajenas. Su función era cambiar el marfil blando y moldeable por dinero y muy raras veces también por caramelos. Si tuviera que haber hechos suyos los problemas que vio, habría acabado en los prados de los Fuegos Fatuos, lugar cercano a los cementerios de los humanos donde pululan los Beggeys, elfos transtornados cuya locura mental despide una radiación color violeta, perceptible incluso para los hombres.

Estuvo en hospicios, en hospitales, en casas de niños maltratados... Percibió con su mente limitada el sufrir ajeno. Pero nunca preguntó. Una vez coincidió con una Hada en la habitación de un niño que lloraba desconsoladamente. El Hada estaba sentada a los pies de la cama. El ratoncito Pérez observó como recogía las lágrimas del crío en un recipiente de cristal irisáceo. *"Las necesito para poder volar, -le dijo-. Ni una gota se desperdicia. Acompañaré a su hermanita al Jardín"*. El Bendegu evitó conmoverse. Hizo su trabajo y se marchó.

Pedro cenó pronto aquella noche. Sus padres aún no habían regresado del trabajo. Loli le puso el pijama y lo acostó. Lo arropó con ternura y dejó encendida la luz de la mesita de noche. El niño estaba inquieto. Mirada pro todos los lados de la habitación con la esperanza de ver al ratón con el dinero. Levantaba a cada minuto la

almohada. El diente continuaba allí, donde lo dejó su abuela. Creyó ver sombras en movimiento. Sintió miedo. Llamó a Loli. Ella no podía oírle, estaba al otro lado de la casa viendo la televisión. Se acurrucó con la manta y se fue apoderando de él, una tierna morriña que lo fue dejando dormido.

El duende aprovechó el evento para entrar en la habitación. Comenzó la tarea más delicada: cambiar el diente por el dinero. Ver suspendido en el aire un objeto sin ninguna explicación física que lo ampare, ha sido causa de más de un desmayo por quien ha observado casi a ras de suelo una moneda levitando en el aire. No obstante, la pericia de los Bendegus es admirable y en muy pocas ocasiones han sido descubiertos.

En una rauda maniobra hizo la permuta, mas, cuando salía con el diente en la mano dispuesto a meterlo en el zurrón, vio como se abría la puerta de la habitación. Entro la madre de Pedro. Se arrodilló y le dio un beso lánguido en la frente. El ratón Pérez, no quiso correr riesgos y esperó. Contempló la escena desde un pliegue de la manta. Esperó a que saliera la mujer y se precipitó por la fachada de la vivienda buscando la calle. perdiéndose momentos después por una esquina quedaba vista a la silueta de una montaña coronada por un castillo y una cruz refulgentes en la umbrío de la noche. dormido. Su madre estaba en la cocina tomando leche y una pastilla para la depresión. En ese instante entró Loli y le dijo que a Pedro se le había caído el diente. *"Lo tiene bajo la almohada. La abuela le habló del ratoncito Pérez"*.

La mujer se levantó como un resorte. Entró de nuevo en la habitación. El niño dormía plácidamente. Con cuidado apartó la cabeza de la almohada. Pedro se despertó sobresaltado. *"¿Ha venido el ratón Pérez?"*, dijo con voz ronca. La madre le acarició la cara y levantó la almohada. Una moneda de color cobre relucía en la sábana. Pedro comenzó a saltar loco de contento. Extendió los brazos al cielo y gritó: *"¡Ha venido, ha venido!"*.

La madre, esforzándose, consiguió esbozar una sonrisa y le preguntó:

-¿Que harás con tanto dinero?

-¿Cuanto es, mamá?

-¡Mucho!. Es mucho dinero.

-No pienso comprarme nada.

-¿Nada te hace ilusión?, preguntó la madre desconcertada.

-¡Te lo voy a dar a ti!. Afirmó en tono autoritario.

La mujer quedó sorprendida. Miró con cara desconcertada al niño y con los ojos le pidió una explicación.

-Con este dinero tendrás que trabajar menos. Estarás más en la casa y algún día podrás llevarme a comprar si soy bueno.

Los ojos de la madre brillaron a la luz de la lamparita de mesa. Tragó saliva varias veces antes de poder hablar.

-¡Seré idiota! Como no me he dado cuenta antes de la suerte que he tenido.

Abrazó al hijo al tiempo que le daba sonoros besos en las mejillas. La noche se fue haciendo inmensa. Pedro acabó durmiéndose en la cama y, a su lado, estaba su madre que no paraba de acariciarlo. La luz de la lámpara se proyectó por la ventana dejando escapar la amorosa imagen por las fachadas y el asfalto. Unas mariposas azules de la noche, revoloteaban por el cristal impregnándolo de su polvo dorado. El silencio y la brisa del Sur inundaban la ciudad. Olía a azahar de unos naranjos cercanos.

Leticia tenía cinco años. Vivía con su madre desde que cumplió tres. estaba separada del padre por una sentencia del juez de primera instancia. Su padre, camionero de profesión, la recogía cada quince días y la llevaba al pueblo con los abuelos. Era un hombre osco y rudo, pero cariñoso a su estilo con ella, especialmente cuando había gente delante. Siempre decía: "*¡Fijese que lástima, tener que estar separado de mi hija y verla sólo cada quince días*".

La madre de Leticia, era administrativa. Desconfió de su marido, que estaba siempre de viaje y planteó la demanda de separación. El proceso duró dos años. Leticia sabía que en el juzgado se habían dicho de todo. Su vivencia familiar la había hecho madurar, distinguir cosas imperceptibles para otro niño de esa edad. Cuando estaba a solas con su padre, éste no perdía ocasión para criticar a la madre y viceversa. Las mejores amigas de Leticia, eran dos compañeras de colegio que estaban en su misma situación.

Sabía que su padre había planteado otra demanda al juzgado. Reclamaba su custodia y según le comentó la madre, cualquier día la llamarían del juzgado para ser examinada por un psicólogo especializado en niño. *"¡Que chuminada más gorda ir al juzgado!",* pensó.

Leticia notó unos días atrás que se le movía un diente. Se lo tocó varias veces adelante y atrás, pero no cedió. Aquella mañana al ir a desayunar, cuando se puso la taza de leche en la boca comprobó que el diente bailaba en la encía. Llamó a su madre para que terminara de arrancárselo. *"¡No puede ser, cariño!. Llegarás tarde al colegio y hoy he de recogerte antes de salir. Hemos de estar a las doce en el juzgado.*

Leticia se fue refunfuñando. Pasó la mañana en la clase dándose golpecitos con el lápiz en el diente. Le gustaba jugar con él; derecha, izquierda, adelante, atrás...

Apenas volvió del recreo, vio como el bedel del colegio se acercaba por el pasillo con su madre. Cambió impresiones con la profesora. *"¡Vamos Leti, que te vas con tu madre!",* le dijo entre el murmullo generalizado de sus compañeros.

El juzgado era un edificio relativamente viejo e impersonal en sus formas. Leticia había pasado varias veces por la puerta sin reparar en su significado. Sólo le atraían las banderas que colgaban de los mástiles. La madre no paraba de insistirle: *¡Ya sabes, si te preguntan dices que estás muy a gusto conmigo. Di que no quieres vivir con tu padre. Míralo, ni siquiera ha venido. No te olvides decir que te deja con sus padres en el pueblo y que él se va de copas con los amigos. ¿Me prestas atención...?!"*.

La niña se sentó en un banco de madera. Delante, se leía la leyenda: *"JUZGADO DE FAMILIA"*. Siguió jugando con su diente. La madre estaba nerviosa de oír el ruido que hacía con la lengua al empujarla contra la encía. En un momento de arrebató, le dijo:

-Si sigues haciendo ese ruido, no vendrá el ratón Pérez.

-¿Y quién es ese?

-Un duende o algo por el estilo. A los niños que no hace ruido con la boca, cuando se les cae el primer diente, si lo ponen debajo de la almohada, se lo cambia por dinero.

Leticia quedó pensativa. No gesticuló más. Hundió su lengua en el fondo del paladar y reparó en ese duende que cambiaba dientes por dinero. Su madre seguía con la perorata de siempre. No le prestó atención. Se limitó a asentir sin hacerle caso alguno. Cómo era posible que nunca hubiese oído hablar de ese ratón. *"Seguro que es una chuminada. -Pensó-. Cree que soy tonta. Ningún duende tiene un nombre así. ¡Quiere que hable mal de papá!"*.

En aquella meditación, salió del juzgado un funcionario. Chisteó a la niña y le dijo que entrara. La madre se levantó para entrar con ella. El funcionario dijo: *"¡La niña sólo, señora. La niña sólo!"*.

Leticia entró a una sala con varias mesas. Una actividad desordenada se desarrollaba en ellas. Llamadas de teléfono, máquinas de escribir que no paraban de sonar, risas... Pero nadie pareció ocuparse de la niña. Estaba sólo en una esquina de la dependencia, tras unas estanterías metálicas atestadas de papeles y carpetas. Miraba al suelo con obstinación. No movía un músculo de la cara. Tenía miedo, al tiempo que no paraba de pensar en el ratón Pérez. No creía del todo la historia, pero dejaba un lugar a la duda. *"¿Y si fuera verdad, y si por hacer ruido con la boca me quedo sin dinero...?"*, meditaba en su soledad.

Por fin se acercó un funcionario: *"¡Nena, ven conmigo que quiere hablarte su señoría!"*, le dijo con tono grosero. Leticia, con paso vacilante entró en el despacho del juez. El auxiliar la sentó en una silla y después entró una máquina de escribir sobre un soporte de ruedas en la dependencia. El juez era un hombre de mediana edad. Apenas se le oyó decir *"¡Hola!"*. Leticia no respondió. Seguía con la cabeza baja y los ojos pegados a las cejas, atenta a cuanto se desarrollaba en la habitación.

"¿Cuando viene el psicólogo?", preguntó el juez con voz crispada. De inmediato, entró por la puerta un hombre joven que se mesaba una recortada perilla.

Leticia lo estudió con disimulo; era alto y guapo y reflejaba bondad en su rostro. Le pareció una buena persona.

El psicólogo, con un talante más humano, enseñó varios dibujos a Leticia. *"Dime, ¿qué ves?"*, le preguntó... Leticia no contestaba, se limitaba a encogerse de hombros. Le preguntó después el auxiliar y, en tono más agresivo, el juez. La niña se mostraba absorta en sus pensamientos. No hacía caso al diluvio de preguntas. Su señoría, empezó a atusarse sus pocos cabellos. El auxiliar no paraba de mirar el reloj. Fuera, la madre paseaba de un lado a otro del pasillo.

"¿Y los abogados?, ¿por qué no han venido los abogados?", preguntó el juez ofuscado. El auxiliar consultó los autos. *"Señoría, es que son del turno de oficio"*, contestó con gesto de desaprobación. De repente, la quietud se adueñó del despacho. Se miraban los unos a los otros sin articular palabra. Se denotaba el fracaso de la diligencia en las caras. Cuando el silencio era más cortante, Leticia preguntó: *"¿Alguien sabe si existe el ratón Pérez?"*. El psicólogo, levantándose de la silla, tomó a la niña por la mano y la pasó al despacho vacío del secretario del juzgado. Contó a Leticia cuanto sabía del duende de las noches. La niña quedó asombrada. Su madre no mentía, salvo en lo de los ruidos de la boca.

Leti, se mostró solícita a hacer cuantos ejercicios fueron menester, Contestó a las preguntas que le formuló el psicólogo. Cuando terminó, salió de su mano en busca de la madre. La mujer se abalanzó a preguntarle su impresión profesional sobre la diligencia. El perito se desentendió y sólo dijo: *"¡Su hija es muy inteligente!. Lástima que le estén haciendo tanto daño"*.

En el almuerzo la madre no paraba de preguntarle que había hecho tanto rato en el despacho del juez. Leticia, desinteresada por las preguntas, respondía con evasivas, hasta que dijo: *"¡Ya está mami, se me acaba de caer el diente"*. Al roce con la comida, se había terminado por caer el primer diente. Leti lo exhibió como un trofeo. Corriendo fue a la cama. Lo puso con cuidado debajo de la almohada. Pasó el resto de la tarde mirando cada poco tiempo para comprobar si se producía la conversión. Mas, se fue desanimando paulatinamente. A la caída de la noche, ya no se acercaba a la cama.

Quedó junto a su madre, en el sofá, viendo un programa de televisión sobre gente desaparecida. El cansancio la vencía sin remisión.

El ratoncito Pérez, que ya aportaba su primer diente en el zurrón, cruzó varias calles angostas y empinadas buscando la casa de Leticia. En su carrera, encontró varias monedas perdidas en el suelo. Reprimió su instinto de cogerlas. Su misión estaba en trance de terminar. No había necesidad de acaparar más monedas. Tenía un sobrante escondido junto a la que fue su guardia. Muchas monedas que atesoraba estaban fuera de la circulación de los hombres. En ocasiones, humanos afortunados, excavando, han encontrado auténticos tesoros enterrados que nadie ha podido catalogar ni descifrar su procedencia. Se trata de depósitos de Bendegus que quedaron abandonados cuando terminaron sus trabajos.

El duende subió sin problemas hasta la casa de Leticia. La niña dormía con la cabeza recostada en la pierna de su madre, que no paraba de morderse las uñas y fumar un cigarro tras otro. En ese momento, el reloj de la Catedral hizo sonar doce campanadas.

El ratón Pérez, deslizándose entre muebles accedió a la habitación de la niña. Estaba desorganizada. Los juguetes por los suelos. La ropa amontonada en el armario y de la lámpara colgaba un adorno de la anterior Navidad. Con su diligencia habitual, dejó una moneda de cien pesetas y metió el diente en el zurrón. Comprobó que el marfil era blando y amarillo.

El Bendegu, a la facultad de conocer la vida de los niños, añadía la de hacer diagnósticos de su estado, examinando los dientes. Estaba claro que Leticia no se desarrollaba como debía. Las tensiones estaban alterando su maduración. No había suficiente calcio en aquel diente. Como se ofrecería al rey Elfo como tributo de presentación, nadie repararía en la escasa calidad de la pieza.

Eran poco más de las doce de la noche. Hasta el crepúsculo no tenía que presentarse en el lugar convenido para la recogida. Tenía tiempo de visitar a Octavio. Decidió descansar un rato entre los juguetes. Se recostó en una bañerita de muñecas atestada de trapos. En estado de vigilia vio como la mujer traía a la niña hasta la cama,

apagando la luz y marcándose después. Se levantó de su improvisada cama con intención de marcharse. Miró de nuevo el diente. Contempló el angelical rostro de Leti... La niña no pasaba unos segundos en la misma posición. Se contorsionaba, se destapaba. Hablaba entre sueños.... Quedó dubitativo. Decidió acercarse al oído de la niña. Casi nunca había hecho alguno parecido. Era su último día y se permitió la licencia. Le susurró una vieja canción de cuna que una vez le enseñó una Ondina de Río Sabio, un afluente del Guadalquivir. Decía así:

*Enséñame infancia el arte de jugar
y creer en las cosas más bellas.
Enséñame corazón el arte de soñar
y apártame de las heridas.
Velad padres por mi sonrisa
que la quiero conservar.
Me dijo un duende muy pequeño
que el tiempo es un tirano
y me la querrá robar.*

Leticia aplacó su azogue y abrió lentamente los ojos. El ratoncito Pérez estaba allí, mirándola con cuanta ternura era capaz. La niña lo vio y sonrió con candor.

-¿Tú eres el ratoncito Pérez?

-Prefiero que me llames duendecillo.

-¿Me has dejado dinero bajo la almohada?.

-¡Sí, es lo justo!

-¿Eras tú quien cantaba?. -Preguntó Leticia al tiempo que tomaba la moneda de debajo de la almohada.

-¡Sí!. Ahora debes dormir. Mañana creerás que mi visión ha sido un sueño. Cuando pase el tiempo por tí y se haga duro el día, afloraré en tu pensamiento. Hablarás de mi a los niños y el corazón y la ilusión les hará sentir que pueden ser verdad los cuentos.

Leticia quedó profundamente dormida. En su mano sujetaba la moneda. La quietud se adueñó del momento. El duende abandonó la casa. Repitió su gesto ritual de mirar al cielo. Una estrella fugaz iluminó el firmamento. La luna nueva dejó intuir su

circunferencia anaranjada por entre la estela del cometa. En la tierra, las sombras mudas de los edificios, palidecían ante la belleza del cielo. Un pequeño jaramago, pugnaba por salir en una grieta del asfalto. El reloj de la Catedral dió una campanada... Todo estaba en silencio.

El tercer niño al que el ratoncito Pérez tenía que visitar era Octavio. Vivía en un pueblo no lejos de la Capital. Se trataba de una localidad agrícola. Casi todos sus habitantes se movían en torno al cultivo del olivo. El duende llegó al pueblo a primeras horas de la madrugada. la quietud era absoluta. Apenas una cuantas farolas iluminaban las calles. Los corrales, las callejas sin salida y las plazuelas permanecían en completa oscuridad. Se oía a un perro ladrar en la lejanía...

Octavio era un niño de seis años muy integrado en la vida familiar de su entorno. Era el menor de cuatro hermanos. Tenía un fuerte sentimiento ecológico, pese a su temprana edad. Amaba andar por el campo con su padre. Conocía muchos secretos de la naturaleza. Era capaz de distinguir unos árboles de otros. Procuraba no hacer daño a su alrededor. Sin embargo, no conocía al ratoncito Pérez. Sus tres hermanos mayores no pusieron el diente bajo la almohada y el Bendegu no los visitó.

Aquellos que niegan la existencia del duende tajantemente y no prueban a dejar su primer diente en la cama, no son acreedores de su visita. Esta negación de fe, suele arrancar de varias generaciones atrás y al no transmitirse la tradición de padres a hijos, acaba por quedar en el olvido o convertida en bulo. Alberto, el tercero de los hermanos, oyó en el colegio hablar del ratoncito Pérez y cuándo fue ilusionado a contárselo a sus padres, le dijeron que todo era una fábula carente de sentido.

La historia se quiebra cuando un duende recibe instrucciones de hacer la permuta con un niño y cambiarle su diente por dinero. es una maniobra que a veces concluye en fracaso. Si el niño no le presta atención al diente y lo pierde, o reniega en su interior de la belleza de las obras dísticas, acaba por perderse la oportunidad de albergar para siempre en el corazón el estigma inmaculado de la infancia.

Octavio era afortunado. Sus nobles sentimientos y la disposición a encariñarse con los seres bondadosos, lo habían elegido para ser testigo del último trabajo del Bendegu. También sería el reinstaurador de la tradición en su familia.

El ratoncito Pérez entró en la casa de Octavio por el corral. Las gallinas, que tienen un sentido especial para detectar fenómenos anormales, se sintieron inquietas. Un cierto descontrol reinó en el pajar. después volvió el silencio. Un silencio sepulcral, como sólo se puede oír en los pueblos del Sur. El duende comprobó que Octavio compartía habitación con Alberto. Haciendo uso de su instituto, se cercioró de que el diente aún estaba adherido a la encía. Comenzaba una tarea delicada; arrancarlo sin que el niño se despertara. Venía preparado para ello. Sacó de su cinto carcomido una tira de cuero muy fina y larga. Subió después a la cama del crío. Enlazó el diente con el cordel y se colocó en su pecho. Octavio dormía boca arriba. Tiró hacia la izquierda, después a la derecha. Notó que el diente se iba separando de la encía. El niño, entre sueños, empezó a protestar. El Bendegu detuvo el trabajo. Cuando volvió a tranquilizarse, reanudó los tironcitos. Por fin notó el diente en la punta del cordel. Con el otro extremo hizo cosquillas en la nariz del niño. Abrió la boca y arrugó la nariz. El diente salió hasta la barbilla, para después caer por el cuello.

Había invertido bastante tiempo en la operación. Con celeridad introdujo la moneda bajo la almohada. (La última moneda). Los sueños de las noches siguientes, los ocuparía otro Bendegu, al que, mientras la costumbre oral no cambiase, seguirían llamando: ratoncito Pérez.

El duende, abandonó el dormitorio. Para evitar pasar por el corral, pretendió salir por la buhardilla. Cuando entró en ella, perdió parte de su sentido de la orientación. Esa atrofia sensorial era el signo evidente del epílogo de un ciclo. Intentó sin fortuna, traspasar los gruesos muros de la casa. Buscó entonces la claraboya, para dejarse caer por ella hasta la calle. El polvo y los muebles viejos amontonados, habían tapado la abertura. Andando entre un sinfín de objetos viejos y oxidados, notó bajo sus piececillos el inconfundible tacto del pelo duro de un animal. ¡Quedó sorprendido!. La cabeza disecada de un ciervo, yacía en el suelo toscamente envuelta en periódicos. Los ojos de cristal miraban inermes al infinito. Su cornamenta, con quince puntas, estaba enredada con trapos viejos a modo de perchero. El cuello, comido en parte por las ratas,

dejaba entrever un amasijo de serrín y algodón amarillento. El duende, sintió un impulso de acariciar aquel busto. A medida que lo tocaba iba experimentando una melancólica sensación. Su piel se erizaba y sentía frío en su arrugado cogote. Subió al hocico. Se recostó en la pétrea nariz y abrazó con fuerza aquel cuero seco y sin vida. De repente, se irguió sobre sus dos patas y apoyado en el rabo, hinchó el pulmón de aire, para lanzar al viento un atronador y bronco bufido...

Nunca antes hizo con su garganta un ruido similar. Quedó aturdido y asustado. Unas palomas que dormían en la buhardilla, aletearon frenéticas por la estancia. El ratoncito, oyó proveniente de la casa, la voz de un hombre que no paraba de gritar: "*¡Tranquilos, tranquilos, que ya subo a ver qué ha sido eso!*".

De inmediato se abrió la trampilla del abuhardillado. Entró el padre de Octavio con una escopeta de caza en las manos. Damián, el hijo mayor, le alumbraba con un candil. El ratoncito Pérez, comprobó aterrado que ya no podía convertirse en un ser invisible a voluntad. Su organismo estaba mutando. ¡Se había materializado!. La hora de la conjunción estaba muy próxima y debía salir con su cuerpo visible sin ser advertido. Nuevas sensaciones invadían su mente primitiva.

Escondido tras unos trapos, temblaba sin cesar. La luz del candil alumbró hacia él. Hizo ruido al moverse. Damián gritó: "*¡Padre, es una rata, mátala, mátala!*". El padre miró por entre la luz penumbrosa. Dudó disparar sobre las sombras. Vio por fin con nitidez un bulto que se movía debajo de unas telas viejas. El ratoncito presa del pánico, cerró los ojos y permaneció inmóvil. El hombre, acercó la escopeta y puso el dedo en el gatillo apuntando hacia donde estaba el duende. ¡No podía fallar!

En ese instante, se oyó un grito que vino de la planta inferior: "*Padre, madre, venid corriendo, por favor!*". Exclamó Octavio. El padre giró la cabeza y Damián varió la dirección del candil. El ratoncito Pérez, continuaba inmóvil, petrificado por el miedo. El hombre dudó unos segundos. Dio una palmotada de desaprobación en su pierna y bajó por la trampilla. El duende, serpenteó por entre los muebles hasta encontrar la claraboya y salió al instante de la casa. Corrió con todas sus fuerzas hacia el punto de encuentro.

Entre tanto el padre de Octavio y Damián llegaron precipitadamente a su habitación. La madre y los otros dos hermanos aguardaban ya una explicación a tanto alboroto. Octavio había encontrado una moneda bajo la almohada y alguien le había quitado el diente mientras dormía. Al oírlo, Alberto empezó a llorar desconsolado. *"¡Cipotes, agilipollados, me dijisteis que el ratón Pérez no existía!. ¡Sois unos mentirosos de mierda!"*.

Los padres no tenían capacidad de reacción. Se miraron perplejos y se encogieron de hombros. Para Octavio era el mejor día de su vida.

El Bendegu dejó atrás el pueblo. Su carrera era vertiginosa. Comprendió que las mutaciones que le afectaban, estaban relacionadas con el final de una etapa. La metamorfosis avanzaba y debía hacer un esfuerzo ímprobo por no alterar ni retardar las leyes naturales.

La noche cerrada, empezaba a ceder. En el horizonte despejado se vislumbraban las nítidas tonalidades amatistas, voceras del crepúsculo venidero. Las estrellas apenas refulgían y el astro de la albura parpadeaba rítmicamente. Los pájaros habían comenzado un débil canto matutino y las choperas y olivares bullían por el parloteo incesante de los gorriones. En los cables de teléfono, los chamarices gorgojeaban en medio de llamativos ademanes nupciales.

El duende detuvo su marcha. Había encontrando la señal convenida: Tres grandes cipreses formando un triángulo a la caída de una loma preñada de yedra. Secó el sudor de la frente. Para resguardarse, se ocultó entre el manto de yedra. El amanecer era inminente...

El sol comenzaba a salir por entre las montañas de Sierra Mágina. Sus tonos azafranados inundaron todo el valle. La luz se filtraba por los cipreses, convergiendo en el centro del triángulo, formando en el suelo una bruma irisácea que ascendía con lentitud. Pérez entendió que debía estar entre aquel halo de neblina mágica. Su instinto le situó en el punto exacto de conjunción. La Bruma fue elevándose pausadamente. Pérez desapareció con ella.

La tierra quedaba atrás con sus baile inagotable de sentimientos encontrados.

El duende se vio entonces ante un gran lago, rodeado de sauces de un color azulado. Hacia él venía una barca. Sobre ella, una evocadora ninfa de los pantanos. Su aspecto era immaculado, su pelo, suave y largo como vírgula de agua. Le invitó a subir y con ella cruzó el lago escoltados por nueve tritones alados.

En la otra orilla esperaba el rey Elfo. Su séquito lo componían tres parejas de faunos y doce patriarcas de entes dévicas superiores.

Pérez, enseñó al rey los dientes que portaba como tributo. El rey los aceptó complacido. Miró a su séquito... Todos movieron la cabeza en sentido afirmativo. En ese instante, se consumó la metamorfosis: Pérez se transformó en un esbelto ciervo. Momentos después un rebaño de animales eternos lo incorporó a su manada. El ciervo pastaría por siempre en los prados siderales del Gran Jardín Celestial.

FIN

Juan Carlos García-Ojeda Lombardo.